

Luis Rueda Concha

EL FILOSOFO

Luis Rueda Concha ha muerto en ese momento en que la inteligencia humana adquiere una madurez espléndida. Profesor, abogado y jurista de singular agilidad, conquistó una fama que resistía los ácidos más disolventes.

Para mí la raíz de la personalidad de Rueda Concha no se encuentra en su visible actividad de penalista. Detrás de las causas, de los estrados judiciales, se encontraba un filósofo de ardiente inquietud. La filosofía, y la filosofía católica, era la matriz y fuente inagotable de sus investigaciones.

Entre nosotros, esta clase de actividades intelectuales carecen de interés, de devoción, "no hay clima", como se usa decir ahora. Generalmente se considera a la filosofía "como una imagen velada al través de cuya envoltura no puede penetrar la mirada de ningún mortal, o como una madeja de hilos tan enmarañados que no hay mano humana capaz de desenredarla". Para muchos los conocimientos filosóficos no traen utilidad práctica alguna. Sin embargo hay familias de espíritus con un ansia inacabable de comprender la esencia de las cosas y los hombres, de Dios y el Universo, de desprenderse de lo banal y cotidiano para remontarse a alturas bañadas de la poesía inefable que da la posesión de la verdad recóndita. Hay familias de espíritus para quienes el descubrimiento de una verdad es una "amorosa delicia" que vale más que todo el reino que puede ofrecernos la agitación pragmática de la vida. Para esos ejemplares la filosofía será siempre la diosa inmortal de juventud sonriente y renovada. Los filósofos, escribe Will Durant, son de la raza de Mitya en los Hermanos Karamazov, de aquellos que no tienen necesidad de millones sino que buscan respuestas a sus dudas, a sus inquietudes, a sus preguntas.

El filisteo suele reirse de la filosofía porque la considera estéril para empresas tangibles.

Es que la filosofía ha emprendido, hoy como ayer, una gigantesca tarea en la cual no puede aventurarse la ciencia. Problemas del bien y el mal, de la belleza, del orden, de la libertad, de la vida, de la muerte, donde las fórmulas de la exactitud cuantitativa de las ciencias nada sirven. "Toda ciencia comienza como filosofía y acaba como arte. La filosofía es una interpretación de lo desconocido; es la primera trinchera en la conquista de la verdad; detrás de ella se extienden las tranquilas regiones donde la ciencia construye nuestro mundo imperfecto. La filosofía, a veces, parece inmovilizarse perpleja: es porque ella abandona los frutos de sus victorias a sus hijas, las Ciencias. En seguida prosigue su camino divinamente insaciable, hacia lo incierto e inexplorado".

Luis Rueda Concha era uno de esos raros ejemplares, atormentados por la posesión de la verdad absoluta. No daba reposo a su mente en ebullición sin pausas. En su escritorio de abogado, en su cátedra, en la calle, en el café, estaba siempre alerta, dispuesto a llevar todo tema hasta sus consecuencias metafísicas. Nunca se apartaba de este mar sin orillas. Nervioso, de una sensibilidad exasperada, cuando discutía o simplemente conversaba, se echaba hacia atrás, se cuadraba, agitaba las manos como si quisiera físicamente extrangular las ideas adversas. Era un polemista en trance, infatigable, erudito, de irreprochable fuerza dialéctica. Un soplo de Savonarola atravesaba su figura pálida.

Rueda Concha gustaba también de la política. Porque para él, siguiendo el consejo platónico, la filosofía es el descubrimiento de una nueva forma de vida intelectual que no puede separarse de la vida social. Buscaba en la política la realización de su filosofía. Y, tal vez por eso, no fue político afortunado. Jamás entregaría él la más modesta verdad a cambio de una posición, de una ventaja, así fuera para su propio partido. El político es pragmatista. Ama la verdad si ella es útil a sus fines. Predica el error, si el error le da una ventaja. Cambia de doctrina, si el cambio es un medio de ataque eficaz contra el adversario. El filósofo muere al pie de su verdad sin ceder a la táctica, a las conveniencias, a las consideraciones personales.

Tal es la estampa de Luis Rueda Concha que permanece en mi espíritu.

ELISEO ARANGO



Dr. Luis Rueda Concha

Precedido de su ilustre Rector, el Claustro del Colegio Mayor, en peregrinación conmovida, marchó hasta el cementerio a entregar a la tumba los restos mortales del Profesor Rueda Concha, hijo, servidor, amigo inolvidable de nuestra casa del Rosario.

Nació el doctor Rueda Concha el 14 de abril de 1893;

Recibió sus títulos de abogado el 7 de diciembre de 1915;

En 1929 viajó a Roma como agregado a la Legación de Colombia ante el Quirinal;

El conservatismo lo llevó en 1933, como su representante a la Cámara;

Hizo parte de la comisión de reformas al Código Penal;

Días antes de su fallecimiento, el Santo Padre lo honraba con la condecoración de los Caballeros de la Orden Piana;

Murió muerte cristianísima como convenía a sus profundas y nobles convicciones religiosas, a los cuatro días de este mes de julio.

